

pintan, según las cifras, de blanco ó de negro un país, en el mapa de instrucción y de vida intelectual que llevan en la imaginación, por reminiscencias de los realmente gráficos que de este género se han hecho. En atención á lo que suele llamarse con palabra algo vaga y especiosa, *cultura*, esas cifras de la estadística importan bastante y tienen su elocuencia; para Guyau, por ejemplo, según claramente lo dice en su libro póstumo acerca de *La Educación y la Herencia*, la educación misma se define por el elemento cuantitativo, no sólo por lo que respecta al número de facultades perfeccionadas, sino en vista de la extensión de este progreso á mayor número de hombres. Esto, que en lo que puede llamarse *sistema de las teorías de Guyau*, en que da el tono á todo la idea *social*, es lógico, es una consecuencia necesaria, acaso no sea tan indiscutible desde otros puntos de vista; pero, en fin, siempre será cierto que la *extensión* de la cultura importa mucho cuando de instrucción general se trata; cuando se trata del progreso del mundo por la educación del espíritu. Mas cambia de aspecto la cuestión cuando se atiende á la vida literaria, no á la instrucción en general.

Aquí la estadística ya no dice tanto con los números, y hasta puede inducirnos á error por abarcar *grosso modo* asunto tan delicado.—Hoy más que nunca importa quitarle valor á la cantidad en

las cosas del arte, porque una mal entendida democracia, en realidad *mesocracia*, aplicada al gobierno del espíritu y aun del espíritu escogido y *excepcional*, nos lleva, con legítima alarma de algunos, al reinado de la medianía intelectual, y lo que es peor, de la medianía estética y moral. La medianía intelectual y moral tiende á la grey, quiere llamarse legión para ser algo de provecho, y en rigor todo lo espera de la mecánica. Estos Hércules que se llaman democráticos y aspiran á la nivelación artística no usan la maza del hijo de Alcmena, sino la prosaica palanca, á la ley de cuya fuerza todo lo fian. En *revistas*, sociedades, *escuelas*, etc., etcétera, se quiere entregar el porvenir del arte al trabajo que llamaría Hæckel filogénico, de la tribu, y por eso ofrecen cierto peligro, al lado de muchas buenas enseñanzas, libros como los de Guyau cuando aplican su *sociologismo* á la materia artística. En literatura, que es á lo que yo me concreto, se debe luchar mucho contra la invasión del *vulgo* que pretende ser *excepcional*. La tendencia actual de la clase media de los países más adelantados es, por lo que toca al arte, semejante á lo que sería un espectáculo público en que los espectadores se empeñaran en dar ellos la función.

Por ahora, y mientras el mundo siga pareciéndose un poco á lo que hoy es, los artistas son y serán unos cuantos que no serán comprendidos del

todo más que por otros artistas especiales (los verdaderos críticos), y que deben ser oídos por todos los demás hombres. En ese respecto cabe dar gran importancia á la *cantidad*, aun en la estadística del arte, en lo que toca al público. El papel de gran interés que ciertos críticos modernísimos, como el malogrado Hennequin, quieren atribuir al público en la vida del arte es legítimo, hasta cierto punto, en esta consideración de *pasividad* artística (que no es pasividad sociológica); pero no hay que exagerar este sentido en que cabe tomar la cuestión, ni, sobre todo, hay que confundirlo con el principal y directo objeto de la producción artística. Ateniéndose á esto, y hechas todas las salvedades indicadas, hay que declarar, y llego á mi asanto, que la crítica literaria no debe tomar como señales del progreso la multitud de libros, ni estudiar, por consiguiente, gran cantidad de ellos, sino los que por méritos particulares representan el verdadero movimiento de la vida intelectual del país. Dada la necesidad de la selección, algunos piensan que lo más justo es atender á la variedad de autores y no á la de las obras; de modo que, si un escritor notable publica muchos libros, se dejen olvidados los menos interesantes entre ellos, para tener tiempo de examinar los de otros muchos autores, aunque estos no estén acreditados, ni lo merezcan.

Yo no juzgo de esta suerte; creo que lo que hay

que escoger, por lo común, son los autores, no los libros; es claro que el gran ingenio produce á veces lo mediano, pero pocas veces saldrá obra buena de ingenio mediano; podrá haber rasgos dignos de atención, podrá haber aciertos casuales en lo que escriba el publicista adocenado, pero no será frecuente tal fenómeno. Olvidan, sencillamente, la relación de la causa al efecto los que, aplicando por absurda abstracción igualitaria á la crítica del arte el criterio democrático, bueno en política y en derecho civil, por ejemplo, entienden que no debe atenderse al autor, sino á la obra, y esperan encontrar todos los días un portento en las ocurrencias de un escritor que ha probado no valer nada, y en cambio descubrir flaquezas y fealdades en el trabajo del gran talento asegurado.—Con esta aberración suele andar mezclado el prurito vanidoso de la erudición, ya sea *filológica*, ya de lo contemporáneo. El que quiere en la crítica demostrar que ha leído mucho, tiende al *cultivo por extensión* de la literatura y gusta de descubrir viveros de poetas, por ejemplo, en un ameno huerto de hortalizas. ¿Quién le va á decir al autor de un *Diccionario* de escritores ó al de una *biblioteca* ó *antología* que la vulgaridad literaria representa cantidades despreciables? — Pero lo más racional es discurrir de esta suerte: que el vulgo, el público leyendo, supone algo, mucho en cierto respecto;

pero el-vulgo escribiendo no supone nada, nada bueno á lo menos.

Una de las atenciones principales, no ya de un crítico de verdad, sino hasta de un humilde *revisor*, como el que suscribe, debe ser el estudio constante de las *personalidades* literarias del país de que ha de hablar al público, estudio en que haya *cuenta corriente* para cada escritor importante y en que se examine también con exquisito esmero el adelanto de los que empiezan y prometen y la decadencia de los que se extravían ó declinan. Entre nosotros, por falta de *conciencia colectiva* en materias de arte, por lo poco que reflexionamos acerca de nuestro mismo trabajo nacional, los críticos suelen pararse apenas en tales escrúpulos; y, por una debilidad de funestas consecuencias, se deja que éntre cualquiera en el ruinoso *templo de la fama* y que se arrincone en cambio el mérito verdadero, ó por cábalas de la envidia ó por el hastío de los necios, que no quieren lo bueno repetido y con la misma firma, prefiriendo alternar con lo malo, si esto varía de nombre. Críticos hay entre nosotros que muestran grandísimo talento en todo menos al aplicar justicia distributiva á los autores. No hablar de los buenos y volverse loco para discurrir sutilezas que hagan pasar por buenos á los malos, es achaque de algunos respetables maestros, que, lo que es en esto, han pecado mu-

cho. Es claro que no aludo á ciertas personas que parecen discretas hasta que se las prueba en la piedra de toque del gusto y se las ve juzgando con *originalidad* una obra nueva, ante la cual demuestran su ceguera incurable de vulgo vulgarísimo. Ejemplos de esto, y bien recientes, pudiera citar, si no fuese porque me he propuesto, por hoy, á lo menos, huir de nombres propios en el capítulo de las censuras.

En consecuencia de todas las anteriores observaciones, notas y quejas, y de algo más que omito, puedo resumir de este modo los límites en que se encerrarán, por lo común, mis revistas literarias, á que aplicaré, para escoger materia, el criterio que de lo dicho se desprende.

Mis revistas serán de literatura española, y sólo se referirán á la extranjera cuando esto importe mucho á nuestro arte.

Casi siempre hablaré de libros; pero no me comprometo á no referirme alguna vez á otras manifestaciones de la vida literaria, y aun á los hechos sociales de otro orden que con ella tienen relación.

No entraré, con pretexto de las letras de molde, en campos ajenos á lo puramente literario, con lo cual creo dar un buen ejemplo. Mas es claro que hay géneros *intermedios ó mixtos* que tienen su aspecto artístico, y en ellos no habrá inconveniente en meterse. El Sr. Valera censuraba no ha mu-

cho, con razón, al autor de una historia literaria de que se excluía, v. gr., la historia misma y la *elocuencia*. Por olvidos ú omisiones sistemáticos de este género nuestra crítica habla menos de lo que debe de ciertas obras de Castelar, de Pi y Margall, de Giner, de González Serrano, etc., etc.

Trataré, generalmente, de la literatura que produzcan nuestros autores notables, los que lo son á mi juicio; entiendo por notables también á los que ofrezcan esperanzas en obras que positivamente ya tengan algo bueno. (Esto lo añado porque hay quien ve esperanzas á fuerza de buen deseo y sin datos á qué agarrarse.)

De lo que yo crea mediano ó malo no hablaré, pese á todos los reclamos del mundo, á no ser cuando tal sea el escándalo de la alabanza inmerecida y del *tole tole* insustancial que exija un artículo de esos de policía literaria, que también á veces vienen á cuento.

Que en algunas ocasiones he de equivocarme, es seguro; desde luego anuncio que me equivocaré. Pero de la sana intención, de la imparcialidad absoluta, respondo.

Y sin más prólogo, paso á decir cuatro palabras de un libro reciente que merecería un artículo más largo.

—
Me refiero al segundo tomo de la *Antología de*

poetas líricos castellanos, ordenada por Menéndez y Pelayo, el cual para cada volumen va escribiendo un prólogo, que viene á ser, hasta ahora, una breve pero sustanciosa historia de nuestra poesía. Esta obra importantísima, que publica la *Biblioteca clásica*, abarcará desde la formación del idioma hasta nuestros días. Ojalá se publique de prisa y lleguen pronto esta especie de *pandectas líricas* á los poetas contemporáneos, porque tengo grandes esperanzas de que la autoridad de Menéndez y Pelayo venga á dar fuerza á mi opinión respecto de muchos de nuestros versificadores de hogaño.

Estos primeros tomos de la *Antología* se remontan á los *origenes*, materia que en otros países es estudiada con cariño y constancia, con aguda inteligencia, no sólo por los eruditos de pura afición filológica, sino por la misma juventud enamorada de lo moderno, pero también de su genealogía. En Francia ya se sabe que contribuyeron no poco al estudio y resurrección de los antiguos poetas de variadas formas rítmicas los innovadores más atrevidos y *modernos* de las escuelas revolucionarias, desde los *parnasistas* á los modernísimos *decadentes*, *místicos*, simbolistas, etc., etc... En Inglaterra basta un nombre para recordar el amor á lo antiguo: Dante G. Rossetti; y en Italia vemos que los versos de Rapisardi, del mismo G. D'Anunzio, en cierto modo (v. gr., en sus *odas romanas*, recuerdo

de las de Goethe), suponen el estudio y la penetración del espíritu poético de remotas edades. En España apenas podemos citar obras de verdaderos críticos, y menos de artistas, que traten estas materias á que se refieren los *prólogos* de Menéndez y Pelayo en los dos primeros tomos de esta colección sabiamente ordenada. En general, y fuera de hermosas excepciones, el estudio de nuestra antigua poesía ha sido aquí patrimonio de eruditos sin genio ni gusto, de esclavos de la letra, de pedantes más ó menos disimulados; cosa oficial y académica, tarea de viejos fríos ó de jóvenes acartonados y envejecidos por las indigestiones de papel disputado á los roedores. Nuestros poetas jóvenes apenas entienden más que de imitar á los maestros vivos, y no comprenden que se pierda el tiempo escribiendo un libro, v. gr., acerca de *La Morfología del soneto en los siglos XIII y XIV*. (La Biadene. Roma, 1888.)

Por eso debemos admirar y aplaudir al único escritor joven, de genio, de gusto, que, llena el alma de todo lo moderno, en lecturas, reflexiones y sentimientos, en España hace lo que fuera emprenden muchos: iluminar lo pasado con la luz de la crítica histórica que es gloria de nuestro siglo en naciones más felices que la nuestra. En Italia estudian autores como Alejandro D'Ancona y Domingo Comparetti las *antiguas rimas vulgares*, en

cinco volúmenes, empleando catorce años en trabajo tan fecundo. ¿Qué menos para prepararse á ver cómo aparece el *dolce stil nuovo* que ha de immortalizar á Dante?

No fuera mucho pedir que legiones de literatos españoles, literatos de verdad, no sabios de real orden, sin más vocación que la de ganarse la vida de cualquier modo, se consagraran á escudriñar el interesante y misterioso amanecer de nuestro genio lírico, no menos digno de atención por las ideas y emociones que baluce, que por la forma que emplea; de nuestro genio lírico, que ha de tener su florecimiento en las estrofas serenas, místicas y sencillas de Fray Luis de León, y en algunos romances eruditos, y sobre todo, por lo que al lenguaje patrio respecta, en el glorioso teatro de Lope, Calderón y Tirso. Desde Berceo á Góngora, ¡qué grande y rápido progreso! ¿Quién ha estudiado aquí esto de veras, por ello mismo, no por las circunstancias bibliográficas y otras análogas? Nadie. Menéndez y Pelayo parece que comienza tan interesante labor, y nadie habrá acaso que, hoy por hoy, pueda hacerlo en tan buenas condiciones.

Aunque este segundo tomo de la *Antología* comienza ya por la *Danza de la muerte* y sigue con fragmentos del marqués de Santillana, Dueñas, Fernan Mójica, Juan de Tapia, Lope de Estúñiga, Suero de Quiñones, Francisco Bocanegra, Carva-

jal, Diego del Castillo, Juan Alfonso de Baena y el infante D. Pedro de Portugal, el magnífico prólogo que precede á tales artículos, y que se contiene en ochenta y tres páginas, no llega tan adelante y queda en la materia recopilada en el tomo primero, sin abarcarla aún toda, pues no alcanza á comentar las importantísimas obras del arcipreste de Hita, del Rabi don Sem Tob y del canciller Ayala, principales poetas del siglo XIV, en quienes, según el crítico, el *mester de clerecía* aparece ya muy modificado, principalmente por la influencia de las obras en prosa que reflejan el nuevo estado de la cultura de las clases sabias, y por el influjo también de la lírica gallega.

Empieza el autor del estudio preliminar notando que en la poesía popular primitiva precede siempre el elemento épico al propiamente lírico; y por esto hay necesidad de tomar el estudio de los orígenes de nuestra poesía en los cantares de *gesta*. Lamenta Menéndez y Pelayo la casi segura pérdida de innumerables documentos de nuestra primitiva literatura; y sólo con esta observación, ya sugiere al lector reflexivo una *perspectiva ideal*, que no aparece en esas *historias literarias* á que estamos acostumbrados, y en que vemos sucederse por el análisis *externo* de las fuentes que nos quedan, como en cuadro vetusto, las *aisladas* figuras, los paisajes sin perspectiva, propios de la pintura de siglos

barbaros para el arte. Entre lo perdido y lo conservado, ve Menéndez materia bastante para una epopeya nacional, cuyos caracteres de originalidad estudia sobriamente, pero con gran agudeza crítica y severa imparcialidad.

Declara que nuestra literatura más original no es la de estos siglos remotos, sino otra posterior, y que á los espíritus superficiales les parece de mera imitación y de poco mérito por ser *erudita*; mas no por esto se deja llevar por el afán de escritores franceses (y algún español) que los más de nuestros antiguos poemas quieren suponerlos en todo y por todo copiados de la rica poesía épica francesa.

Menéndez entiende la epopeya en el sentido más rigurosamente etimológico, no en el restringido y menos exacto en que, por ejemplo, D. Francisco Canalejas la definía como una especie dentro del género épico. Para Menéndez hay epopeya, aun en lo fragmentario; y en rigor, sólo en este sentido se puede admitir que la epopeya por excelencia, para todos, *La Iliada*, lo sea; pues hoy ya no cabe duda que la forma *unitaria* en que la vemos nosotros y la vieron todavía en tiempos lejanos los mismos griegos de la generaciones más civilizadas, es un producto histórico, algo semejante á lo que nos ofrecen muchos libros *bíblicos* según la crítica heterodoxa. — (Véanse respecto de la *unidad* de *La Iliada* los estudios de *Literatura griega*, póstu-

mos, del insigne Egger, en los cuales, incidentalmente, se trata el asunto.)

Dado, pues, el sentido clásico á la epopeya, estudia nuestro crítico los principales caracteres de la castellana, y algunas de sus observaciones me parecen nuevas y muy dignas de atención y estudio. De cierto realismo congénito de nuestro espíritu castellano, y que tiene muchas ventajas y gérmenes de verdadera belleza, pero también muchas desventajas y gérmenes de frialdad, *positivismo* y limitación; de cierto realismo que aun hoy alaban algunos por sus deficiencias, se encuentra la *primera fuente* en esta poesía rudimentaria, á la cual, aun estudiándola con carino, señala claramente capitales defectos Menéndez y Pelayo, aunque no siempre como defectos los reconozca.

Una de las limitaciones, para algunos excelencias, de esta poesía de *gestas* castellanas, es su falta de *filiación pagana*. No se remonta, á no ser por supersticiones secundarias y poco poéticas, á ninguna mitología; nace *cristiana* y dentro de un cristianismo ya eclesiástico, sin relación á leyendas nacionales anteriores á la conversión. No podría un Carlyle español estudiar el momento pagano de la poesía religiosa en un *Odino* de Castilla. Nuestra poesía nunca tuvo una religión natural y nacional; al contrario, la religión reflexiva, *adquirida*, fué la que contribuyó á fundar la nacionalidad. Pero... y

aquí otra observación profunda y exacta de Menéndez y Pelayo—no hay que atribuir á *Mio Cid*, ni á *Fernán González*, ni á héroe alguno de nuestra *reconquista* la idea abstracta de una reivindicación patriótica y religiosa. Estas generalizaciones son buenas, entiende el autor de los *Heterodoxos*, para tesis de discursos académicos, pero «El Cid del poema lidia por *ganar su pan*.» Sépalo el señor Pidal; y no por eso destruya el precioso códice, *único*, del poema, que en su poder tiene.

Niega también el crítico ilustre á los héroes de nuestra poesía de la Edad Media el espíritu de galantería y de falso misticismo amatorio que les atribuye la superficial tradición de cierto romanticismo. Pero si todo esto, y aun más, les quita Menéndez y Pelayo á aquellos tiempos y á aquellos hombres, déjales en cambio otro género de poesía que vale más, porque es más natural en ellos; poesía que les acerca más á la realidad *constante* y á la *circunstancial* propia de su tiempo.

No cabe en este artículo, que es ya tan largo, seguir una á una las muchas notas de buena y profunda crítica que dan valor al estudio original y *sujestivo* que va haciendo el catedrático insigne, tanto de nuestros poemas de *gesta*, como, después, de los libros más famosos que conservamos de la poesía llamada *mester de clerecía*. ¡Con cuánto placer seguiría yo á Menéndez y Pelayo en sus

comentarios del simpático *Berceo*, del poema de *Alexandre*, etc., etc.!

Por hoy tengo que concluir dando la más cordial enhorabuena al querido amigo y condiscípulo por este *prólogo* que basta, por lo que hace vislumbrar, para sugerir aficiones de filología poética al *modernista* más enamorado de lo flamante y sin historia. Cuando el tercer tomo de la *Antología* se publique, y ojalá sea pronto, examinaré de modo menos incompleto el gran trabajo que está realizando el profesor ilustre de Historia crítica de la Literatura Española.



REVISTA LITERARIA

Resumen. — Balance. — Alarcón. — Coloma. — El año literario. — La novela. — Otros géneros. — Advertencia. — Ángel Guerra. — La cantidad y la duración. — Lo que da unidad al libro de Galdós. — Psicología y Lógica.

GERMINADO lo que puede llamarse el año literario, que en cierto modo viene á coincidir con el económico, cabe echar ya la cuenta de lo que hemos ido ganando, al paso que se deja en piadoso olvido lo que hemos ido perdiendo. Aunque, mejor pensado, la piedad exige recordar antes que nada una pérdida de las más dolorosas que cabe imaginar, tratándose de literatura española contemporánea; hemos perdido á Alarcón, y con él un manantial de belleza de singular sabor, que no se ha de buscar en otra parte. Porque habrá quien le iguale, hasta quien le *sobre*, como decían antiguamente; pero se acabó para siempre un modo de originalidad; no se gozará más cierta clase de emociones que producían las novelas de este glo-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925

rioso ingenio andaluz, que, cuando acertaba, acertaba tan de veras.

No falta quien se consuele pensando, ó por lo menos diciendo, que si hemos perdido á Alarcón, hemos adquirido á Coloma. Yo admito al simpático jesuíta como una esperanza; pero ¡lo que va de una esperanza á un maestro! Alarcón era un artista seguro, una imaginación riquísima; el Padre Coloma es un observador de talento, que ya veremos si acaba por ser artista, á pesar de los actuales límites de su imaginación. Antes de continuar hablando de esto, y para salir al paso á la malicia, necesito decir que yo sólo debo al P. Coloma buenas ausencias. En una carta que este señor escribía á un amigo hace años, le hablaba en términos muy lisonjeros para mí de cierta novela que tuve la debilidad de dar á luz (1). Los elogios del famoso jesuíta me supieron tanto mejor, cuanto que eran en absoluto desinteresados; no podía él sospechar que tales alabanzas llegaran á mi noticia. Por vanidad y agradecimiento, me he inclinado siempre á ver el mérito del autor de *Pequeñeces*; digo que se me inclinaba ó inclina el ánimo á ver ese mérito, pero sin llegar á la alucinación; de suerte que si leí con agrado las buenas cosas que contiene su famosa novela (2), como no me había

(1) *La Regenta*.

(2) *Pequeñeces*.

propuesto *à priori* proclamarle gran novelista, pude notar, aunque sintiéndolo, los muchos defectos del autor, como autor, y los del libro. Y esto, á pesar de que la simpatía que me inspiraba el valiente Padre había crecido al verle luchar con tanta franqueza y energía en pro de la moral austera. Me parecía muy bien que, sin miramientos, atacase el vicio de las catorce señoras malas. Poco importaba que en su estadística sólo hubiera catorce pécoras, pues como su obra pudiera servir para escarmiento de esas catorce que él conocía, de igual provecho cabía que fuese para las docenas y docenas con que el regular valeroso no había contado.

Mas con todo este peso que en mi corazón y voluntad había á favor del jesuíta, no llegué á reconocer en él aquel portento de que me hablaban aunque tampoco juzgué legítima la reacción, algo artificial, que entre gente *del oficio* y entre *liberales á su manera* cundía, para deshacer el efecto mágico producido en el vulgo por *Pequeñeces* y sus heraldos. Cierto que no faltaba quien elogiase tanto á Coloma

más
porque tenga envidia Bras
que por dársela á Teresa,

ni quien soplara con todas sus fuerzas en las trompas de la fama por lucir los pulmones y la influen-

cia crítica; cierto también que, fuera de tres ó cuatro rasgos, nada hablaba en *Pequeñeces* del verdadero arte, de la delicadeza y la poesía que eran del caso, dado el asunto de algunos pasajes; pero ni aun siendo así, había motivo para despreciar al que presentaba su ensayo novelesco, tal vez con pretensiones bien modestas. No; no todo se debía á condiciones y circunstancias ajenas por completo á la literatura; en *Pequeñeces* había algo digno de llamar la atención; sobre todo, como promesa de futuras perfecciones. De mí puedo decir que si al leer yo este libro no hubiera existido aquella atmósfera artificial de admiración y escándalo, hubiera dicho á mis lectores esto, en resumen: «Señores: entre los muchos que ensayan ahora en España el género novelesco, merece fijar las miradas de la crítica un jesuíta que demuestra talento, perspicacia, intención; que llegará tal vez á aprovechar artísticamente el *documento* humano, aunque por ahora, ni sabe escribir bien, ni sabe componer. El segundo capítulo de *Pequeñeces*, es decir, la presentación de Currita Albornoz, es cosa digna de un maestro; y en lo demás de la novela, acá y allá, á grandes distancias, hay algunos rasgos primorosos. Lo demás, lo más, es opaco, frío, inútil, desmañado, y por ello no me atrevo á anunciar con seguridad un novelista más, de los buenos.»

Sea como quiera, por mucho que el P. Coloma pueda valer con el tiempo, y aunque ya valga no poco, es claro que la novela española, en lo que toca al *personal*, más ha perdido que ganado este año perdiendo á Alarcón y adquiriendo al autor de *Pequeñeces*.

Pero en cuanto á obras dignas de atención, el género de que hablo se ha enriquecido bastante en estos doce meses. Pereda nos dió *Nubes de estío* y *Al primer vuelo*, novela en dos tomos esta última, publicada con lujo y esmero por la casa Enrich y Compañía, sucesores de Ramírez, en Barcelona. Los mismos editores, también en edición ilustrada y en dos tomos, publicaron *La Espuma*, de Armando Palacio, novela que simultáneamente se ponía á la venta en Londres y Nueva York, en inglés. En cuanto á Pérez Galdós, durante el año literario nos dió los tres tomos de su *Angel Guerra*. De *Nubes de estío* yo no he de decir ya nada, porque muy latamente expuse á su tiempo mi opinión acerca de este libro; de *Al primer vuelo* y *La Espuma* pienso hablar según mi leal saber y entender; mas no hoy, porque me faltará espacio.

En este artículo ya no lo habrá para más novelas que *Angel Guerra*, que acabo de leer; y aun de este libro tendré que tratar con menos detenimiento que merece.

En cuanto á los demás géneros, fuera del dramático que produjo durante el año *Un crítico incipiente*, de Echegaray, yo no recuerdo que hayan dado de sí, en el término á que me concreto, cosa digna de mención, como no sea algunos versos de pocas pretensiones de Campoamor y unas cuantas poesías hermosísimas de Balart. Ya sé que sinceramente unos, á regañadientes otros, y por gusto de llevar *la contraria*, críticos notables han aplaudido más ó menos cierto libro de vulgaridades pseudopoéticas del Sr. Ferrari, uno de los vates que el mal gusto predominante se empeña en hacernos tomar por buenos. Pero yo no cuento entre las producciones dignas de mención la del simpático escritor de quien hablo, porque, aunque sintiéndolo infinito, le creo desprovisto por completo de cualidades artísticas. Creo haber demostrado que su *Pedro Abelardo* es un tejido de vulgaridades y desatinos, y sostengo aquí y donde quiera, que no tiene verdadero gusto, ni sabe lo que es verdadera poesía y lo que es la forma poética castellana el que alabe á Ferrari como poeta. Y más diré; que así se llamen Castelar, ó Balart, los que publiquen tales elogios, afirmo que no dicen lo que sienten, ó no sienten lo que deben. Porque el Sr. Castelar, verbigracia, es para mí casi sagrado.....; pero es mucho más sagrada la poesía; la poesía que veo en las obras de Castelar, en sus discursos princi-

palmente, y que veo en los versos de Balart, pero que no veo en las inocentes vulgaridades y tautologías del Sr. Ferrari, que es tan poeta como cualquiera de esos cuatrocientos jóvenes que publican *Ensayos, Ecos, Penumbbras*, etc., sin que nadie haga caso de ellos.

Sería injusticia olvidar que en el año de que trato la literatura crítica ha visto crecer su caudal con una publicación que, bien ó mal ideada, es de mérito y de utilidad indudable; me refiero al *Nuevo teatro crítico* de doña Emilia Pardo Bazán. No puede decirse lo mismo de los malhadados *Acontecimientos literarios* del infatigable y muy estudioso ingeniero Sr. Palau, el cual, si efectivamente se propone servir á su patria, lo mejor que puede hacer es dejar que *acontesca* en la literatura lo que Dios quisiere, y dedicarse á las tareas propias de su profesión, tan honrosa como la de las letras y generalmente más lucrativa. El Sr. Palau es una persona excelente; escribió en su juventud algunos cantares muy bonitos, y es un hombre de mucha instrucción; pero no tiene gusto; en vez de criterio usa una bondad, más diré, un candor que puede servirle para ganar amigos, mas no para mejorar la cultura artística de este país, que creo que sinceramente ama. Pues, por eso, porque creo que es patriota verdadero, le aconsejo que suspenda indefinidamente los... *Acontecimientos*. Supongamos

que *aquí no ha pasado nada*. — Y ahora vamos á *Angel Guerra*.

Pero no. No vamos todavía. Vaya antes una advertencia respecto del tono empleado en algo de lo dicho más arriba. Por poco arte que se me suponga en el manejo de la pluma, se debe creer que, aunque sólo fuera por el aprendizaje de tantos años, podría yo emplear ciertos eufemismos y perífrasis para dar mi opinión desengañada tocante á ciertos autores y obras; es más, en otras ocasiones he sabido también andarme con circunloquios y repulgos de empanada. De modo que si tan en crudo van ciertas apreciaciones, es con toda intención y por ejercicio higiénico. Por mi gusto no tendría más que amigos; y para esto lo mejor sería aprovechar el poco crédito que mi opinión pueda tener en repartir diplomas de talento á cuantos lo solicitaren. Pero no puede ser; no debe ser. Si hay todavía quien repita que yo soy *duro* por llamar la atención, creo que el tal va más lejos que mi modestia tiene obligación de ir en el tenerme en poco. Yo, que no aspiro ni aspiraré jamás á ser académico, ¿no puedo aspirar á escribir ya sin el propósito predominante de llamar la atención? Lo que hay es que tomo completamente en serio la literatura, y que no puedo seguir en sus desdenes á esos hombres de Estado, filósofos, etc., etc., que

creen pecado venial alabar en letras de molde lo que en un corrillo de personas de cierto gusto se desprecia, como es natural que se desprecie. Mi manera de entender estas cosas tiene una sanción muy respetable: la del público. No creo que por más mérito que el de mi franqueza busquen mi colaboración periódicos como *El Imparcial* y *La Correspondencia*, los de más lectores en España. Diarios como estos no admitirían un género de crítica que el público rechazara; luego, por lo menos, mi modo de tratar á los autores que juzgo malos es uno de los que se admiten. Y como yo creo que hace falta, por eso sigo como siempre, pese á todos los anónimos y á todas las conspiraciones del silencio y del escándalo que contra mí quieran emplear las almas viles.

Decía Michelet, hablando de la robustez intelectual que debía á los clásicos: *Je fus préservé du roman*. Lo cierto es que, sin ir tan lejos, y sin pensar que las novelas son como las setas, según decía el santo, este género de literatura tiene sus peligros para autores y lectores; y si es verdad que puede hacer mucho bien, también cabe que produzca mucho mal, como le sucede al periodismo, que es todo luz, menos cuando es todo tinieblas. No es renegar ni del periodismo ni de la novela decir que por lo mismo que tanto valen y tanto

importan en la vida moderna, debieran ser objeto de muy reflexionada selección. Debiera haber muchos menos periódicos... y, sobre todo, muchas menos novelas. La novela, en la vida contemporánea de los pueblos más adelantados, viene á ser un afeminamiento. En Inglaterra, en Italia, en Alemania, y aun en Francia, hay multitud de mujeres que escriben novelas; casi, casi se van repartiendo el género por igual con el hombre (1). No hay por qué renegar de lo mucho que tiene el arte de femenino. No está mal sentirse en el alma un *poco hembra*, siempre que en alma y cuerpo haya garantías sólidas de no llegar á un desequilibrio de facultades: más diré, todo hombre algo poeta debe sentirse un poco *Periquito entre ellas...*; pero siempre será verdad que el afeminamiento es un peligro. Se cuenta que los romanos de la decadencia se vestían de mujer.

Tal vez un gran novelista es un grande hombre... que si fuera más varonil sería un grande hombre... de acción. No, no cabe ocultarlo: la mucha novela, que es un signo del tiempo, es también un peligro y hasta un síntoma del mal del siglo. Pero dejando ahora la patología social, la novela, por su tendencia prolífica, por su semejan-

(1) Un crítico francés decía ha poco, hablando de la novela contemporánea, que en algunos países, como Inglaterra, el literato iba poco á poco abandonando este género á las damas.

za á los gases en lo expansiva, por lo de parecerse al campo en no tener puertas, ofrece grandes peligros también desde el punto de vista meramente literario. Es el único género (no siendo el histórico y otros de los bello-útiles) que puede llegar sin ser absurdo á los tres y cuatro tomos. Tamañas dimensiones son lo que más compromete al arte novelesco actual en sus pretensiones de vida futura. Así como la arquitectura ojival y la árabe suelen tener una interesante deficiencia en lo mal que luchan con el tiempo; así como la Alhambra y la catedral de León son dos interesantísimas tísicas, *la novela larga* que se usa nos habla con sus capítulos y más capítulos del olvido en que tendrá que caer, relativamente, á poco que apure la necesaria selección que traen los siglos. Lo corto, ó por lo menos, lo no demasiado largo, tiene ciertas garantías de solidez que en la *arquitectura espiritual* de la literatura contribuye á la nota de lo clásico. Tal vez griegos y romanos deben algo de su excelente concisión á la dificultad de la escritura material en su tiempo y á la escasez de los medios. El papiro solía faltar casi por completo en algunas épocas. Acaso nuestra literatura, y la novela particularmente, ganaran hoy algo con una huelga de fabricantes de papel.

Si hubiera que escribir con la economía que revelan los palimpsestos, originada por la penuria

á que me refería, tal vez nuestros mejores novelistas pudieran hacer la competencia, en punto á resistir la corrosiva acción de los años, á los autores clásicos. Sí, pierden algo de lo poético, de lo artístico, de lo sólidamente arquitectónico, las obras literarias que llenan volúmenes y volúmenes. No desdeñaré yo, como Platón, lo que no puede aprenderse de memoria. Según el filósofo, los medios de conservar, sin guardarlo en el cerebro, lo pensado y aprendido, dieron nacimiento á la pedantería. Mucho hay de eso. Pero al fin no hubo más remedio que inventar la escritura. Mas una vez inventada, no debe abusarse de ella, y menos siendo un artista verdadero. Cuando yo celebro una de estas *epopeyas modernas* en prosa realista, que son las grandes novelas, y digo, por ejemplo, que disputan el mérito á los libros clásicos, lo digo con ciertos remordimientos de inexactitud. Es muy posible que por culpa de la pícaro cantidad nuestros nietos sepan más de literatura griega y latina que de la que hoy llamamos contemporánea...

El mayor defecto de *Angel Guerra* es la prolijidad. No es que el autor hable por hablar, eso nunca; pero aunque todo sea sustancia, la novela es muy larga, y la sustancia no toda es necesaria. Aunque el último libro de Galdós vale mucho y debiera llamar más la atención, no merece, en

cierto modo, tanta admiración como otros suyos, por más que en algún respecto acaso á todos los aventaje. Para la *psicología* del ingenio y del carácter del autor, en los estudios que se llegarán á hacer de las ideas de este novelista, *Angel Guerra* será de los más importantes documentos. Pero en cuanto novela que se entrega á un público que más entiende, por instinto, de proporciones que de honduras espirituales, *Angel Guerra* no puede competir con *Gloria*, *Marianela*, *Doña Perfecta*, etcétera, etc. ¿Es que están echados allí á granel aquella multitud de episodios en que entran la mayor parte de los vecinos de Toledo y no pocos transeúntes? No; á todos da unidad la idea del protagonista.

Angel Guerra es un espiritualista que vive fuera de sí; su ideal no está en él, está en Leré, su amor y la religiosidad que este ideal engendra no es un verdadero misticismo, sino que necesita el alimento del símbolo vivo, la obra nueva. La *psicología* de Guerra no se estudia dentro de él principalmente, sino en el mundo que le rodea. Por eso tienen tanta importancia en esta novela las calles y callejuelas de Toledo, los tabiques y ladrillos más ó menos mudejares, las capillas de la catedral, las iglesias de monjas y las desgracias y lacerías de los miserables. Sí; toda aquella multitud de digresiones descriptivas y narrativas se explica

y guarda su orden...; pero el lector se cansa *quando meme* en los pasajes en que Galdós no está inspirado. Son los menos, pero aún son muchos. Los inspirados son muchísimos. Y entre unos y otros hacen una infinidad. La Sra. Pardo Bazán, en una crítica que recuerda los mejores tiempos de esta escritora, se queja, con razón, de que la multitud de episodios en que Angel y Leré no están directamente interesados, nos impiden seguir la acción principal, las relaciones de los personajes del primer término, con la constancia que quisiéramos. Es verdad. El núcleo de la novela es el amor de Guerra por Leré y lo que Leré siente por Guerra; y de esto se habla poco, relativamente, y á saltos, interrumpiendo lo *principal* con lástimas y arquitectura. Se comprende que el lector se fatigue, ó, mejor dicho, se impaciente; pero no podía ser de otra manera si se había de respetar la verdad, y particularmente la lógica.

Se trata de un asunto espiritual..., exteriorizado, en que la psicología se ve principalmente en las consecuencias de los actos; y tenía que ser así, siendo quien son Leré y su amador. Guerra es un *hombre de acción*, y Leré una santa de acción, casi casi mecánica; sí, mecánica, en cuanto lo más de su virtud, y acaso toda su fe, son obra de la *herencia*. La santidad de Leré, que es oro de ley, tiene esa prosa, esa frialdad, esa falta de sentimen-

talismo que un pedagogo italiano advierte en los catecismos de las escuelas. A Leré la *psicología* se la da hecha la Iglesia. Las ternuras recónditas, que son tal vez compatibles con esta bondad mecánica de temperamento, de herencia, el autor no nos las muestra, tal vez porque su observación no tiene datos para escudriñar tales regiones. Sólo dos veces Leré deja de parecer el *ser astral* de que habla la señora Pardo Bazán (copio el epíteto sin admitir la idea), cuando se despide en Madrid (tomo primero) de su amo, y después, en su alcoba, piensa en su resolución; y cuando, al final del libro, ve morir á Guerra. En esta especie de pudoroso misterio del alma de Leré, Galdós ha empleado mucho tacto; pues dado el tipo y dado el propósito del novelista, no cabían honduras ni *indiscreciones* psicológicas, por lo que se refiere á Lorenza.

Menos cabían por lo que toca á Guerra. Angel Guerra, sin ser vulgar, siendo en cierto modo hasta hombre superior (lo es en la relación moral, en idea y en parte en conducta), no es hombre de muchas *psicologías* tampoco. Tiene algo de poeta, de filósofo, de sociólogo; pero en nada de esto es *lírico*; tiene el carácter y las tendencias que también predominan en Galdós, que es lo menos *lírico* que puede ser un gran artista. Galdós, que tal vez empezó á leer (con orden y profunda reflexión quiero decir) á los filósofos, cuando ya él era hom-

bre maduro, ni en sus lecturas, ni, sobre todo, en sus meditaciones, debe de haber pasado muchas veces de la filosofía de aplicación, de la que importa para vivir en la esfera de las cosas ordinarias.

Galdós pertenece con toda su alma á la tendencia realista moderna, que parece enseñoreada del mundo, hasta el de las más altas inteligencias; cuando es pensador, lo es á la inglesa; no le gusta la especulación por la especulación, y así lo ha declarado indirectamente en sus libros varias veces. Pues Guerra es lo mismo; sin dejar de ser soñador, amigo de la abstracción melancólica, como lo es también Galdós, el revolucionario arrepentido necesita para alimento de sus ensueños lo relativo, casi se diría lo tangible. Así, su conversión á la fe, hasta donde se puede llamar conversión, se debe á una ocasión accidental, y tiene su apoyo en un amor humano y en rigor nada místico. Renan nos describe los amores de un religioso y una religiosa, allá de los siglos medios, en un país del Norte, y se llega á ver la posibilidad y verosimilitud de un cariño puro, desinteresado y realmente místico, sin dejar de ser ayudado por simpatía carnal, en el sentido más noble de la palabra. Pues el amor de Guerra, pese á las apariencias, no es por este estilo. Después de no llegar á la religiosidad por hondas meditaciones de metafísica, ni por una de

esas crisis de sentimiento que en la vida de un espíritu noble y reflexivo nacen sin necesidad de accidentes trascendentales; después de llegar á la religiosidad por sugestión de una mujer hermosa y pura, Guerra jamás consagra su alma á la idealidad neta, y se declara á sí propio convertido, sin que se vea en él la lucha principal: la de la razón.

Se convierte como un hombre de mundo, y dando á sus creencias exclusivamente el sesgo moral y estético de cualquier espíritu irreflexivo, desengañado de los fenómenos desordenados de la vida vulgar y azarosa. Angel Guerra quiere *decir* *misa*; se deja guiar por clérigos discretos, pero mucho menos que almas superiores; se entretiene con la parte externa de la religión; allí se detiene, pudiera decirse; y hasta en su prurito de fundador de una especie de *Orden tercera* á la moderna, su originalidad se limita á lo accidental y se queda en relaciones de un orden práctico, utilitario pudiera decirse.

Grandísimo talento ha demostrado Galdós al desenvolver este carácter, y con lógica de gran artista le sigue hasta el último momento. Pero así como en la historia de muchos de esos santos activos que han fundado Órdenes, ó cosa semejante, lo principal es la historia de sus obras, de sus fundaciones, así, siendo Guerra quien es, su novela te-

nia que consistir principalmente en la historia de sus cigarrales convertidos en asilo. De hombres como Guerra no queda un recuerdo místico, una estela de piedad lírica: queda una obra pía. Galdós, como los demás novelistas de su clase, la de los insignes, ha visto toda la verdad histórica de u personaje.

El revolucionario del 19 de Septiembre, el que quiere ante todo *actos*, aun en el momento menos propicio, tiene que ser el *converso* también activo y práctico, y hasta pudiera decirse *político*. Es de la madera de los reformadores, todo lo contrario de los *dilettanti*; ve lo que ve, y no ve más; pero quiere que los demás lo vean, y, sobre todo, que *lo hagan*; la sociedad es para ellos, en vez de un terrible misterio que por lo complejo asusta, lo que el infeliz conejo para el fisiólogo; experimentan en sí mismos, y experimentan en el prójimo. Angel Guerra, al *devolverse* al catolicismo, quiere llegar á la más *práctica* consecuencia, y se dispone para entrar en el sacerdocio. Esto por lo que toca á su propia *reforma*; en lo que mira á sus relaciones *nuevas* con el prójimo, también va á lo práctico, á la caridad, y más que á ella misma, á sus obras, á sus resultados. Todos aquellos capítulos, tan hermosos, por cierto, de los Cigarrales, de los *interiores* humildes de Toledo, tienen por unidad y explicación esta nota del carácter de Guerra.

Hasta los episodios que llegan á cansar, pecan por algo que no es la impertinencia.

Si Galdós ha escrito libros más agradables, de más pasión y fuerza, tal vez no ha escrito ninguno de más rigor en el estudio de los caracteres. Hasta la poca psicología de Angel Guerra se debe á la *buen psicología*.

Esta misma observación profunda y exacta y rigorosa en la lógica que hay en el modo de presentar y conducir los principales personajes, se advierte en la mayor parte de los secundarios. D. Pito es admirable en su alcoholismo simpático; los Babeles, representantes del hampa de levita, están hablando... y *robando*. Pero todavía merece más elogios el clero catedral y parroquial que anda por el Toledo de Pérez Galdós con la misma vida y fuerza de realidad que los curas y canónigos de Balzac andan por Tours, y los de Zola por Plasanss. Fernando Fabre en Francia y Eça de Queiros en Portugal nos han ofrecido abundante, pintoresca y muy bien estudiada colección de tipos clericales; pero cabe decir que Galdós en *Angel Guerra* los iguala en mucho y tal vez los aventaja en *verdad*, imparcialidad y en los *matices* del bien y el mal que se puede ver en la *clase*.

De otros géneros de excelencias que abundan en la novela, ya no es tiempo de hablar después de haber escrito tanto. Pero concluyo, aunque sea

un *ritornello*, diciendo que con valer muchísimo *Angel Guerra*, creo que no será de las obras de Galdós que más enamoren al público *grande*; y esto por culpas que pudieran llamarse accidentales; las más, en rigor, *cuantitativas*.



REVISTA LITERARIA

Resumen. — Cuentas atrasadas. — D. Manuel Cañete. — Salones literarios. — Libros nuevos y libros futuros.

HABÍA ofrecido á los lectores de *El Imparcial* hablar en esta revista de las últimas novelas publicadas por D. José Pereda y D. Armando Palacio; mas considerando que estos artículos deben tener cierta *actualidad*, aunque no sea la que necesitan la noticia diaria, la crónica semanal y otros semejantes trabajos periodísticos, prefiero aplazar el examen de dichas obras, puestas á la venta hace ya medio año, para el día en que vuelvan á ser asunto del momento por motivo de relación con nuevos libros de los mismos autores. De Pereda nada sé concretamente en cuanto á su próxima obra; no hago más que esperar y desear que no tarde en salir á luz algún nuevo fruto de este peregrino y castizo ingenio. De Palacio sé que den-

tro de poco tiempo, muy poco, publicará otra novela que se titula, según mis noticias, *La Fe*. Cuando tenga que hablar de *La Fe*, que se publicará simultáneamente en español, inglés é italiano, hablaré de *La Espuma*, de la cual sólo diré que mientras nuestros críticos apenas se dignaron examinar esa novela, en el extranjero ha sido objeto de muchos artículos; y, sin ir más lejos, la importantísima *Nouvelle Revue*, que dirige en París Madama Adam, la revista general más popular de Francia, consagra su último artículo, relativo á la literatura española, á *La Espuma*, de Armando Palacio, y á unos pocos más libros castellanos. No cabe duda que la crítica debe tener en cuenta, para sus juicios definitivos, los resultados de estas perspectivas lejanas.

Hay escritores que gozan una gloria que pudiera llamarse de *post-liminium*, y Armando Palacio es de estos.

Aunque en España se leen y aplauden sus novelas, no tiene comparación el grado de estima que ha conquistado entre sus compatriotas, á lo menos á juzgar por los ecos de la crítica, con el grado á que ha subido en el aprecio del público en otros países, por ejemplo, en los Estados Unidos y en gran parte de la América española. Se explica tal fenómeno por varias razones. Algunas son tristes para consideradas detenidamente; así

es que no haré más que indicarlas. Palacio es víctima de la envidia de muchos literatos, algunos muy notables, no sólo por lo envidiosos é intrigantes que saben ser, sino hasta por sus escritos. Además, Armando Palacio tiene cara de pocos amigos... literatos. Es muy amable, muy cortés con todos, con los gacetilleros inclusive; pero huye de la vida malamente llamada literaria; el arte para él no es un modo de actividad ordinaria, callejera; no es, menos, asunto de bandería, de colegio, de pandilla, de uniforme, de exhibición; no es literato más que cuando escribe... ó cuando habla con algún raro amigo de las dulces y misteriosas intimidades de la poesía. Le sobra sinceridad, y acaso le falta un poco de *caridad social*, para tratar sin disgusto con la turba multa que se tiene por representante de la vida artística. Cierta frialdad que el autor de *Maximina* no oculta, se la pagan escritores y críticos con *olvidos involuntarios*. Palacio apenas se entera de estas venganzas... porque apenas lee periódicos.

Ello es que con motivo, triste motivo, de las últimas vacantes de la Academia, se ha hablado de multitud de candidatos para llenar esas *plazas*... y hasta se ha hablado de autores ilustres que no han escrito ningún libro, ó han escrito alguno muy malo, cuya revisión sería cosa de verdadera gracia; de Armando Palacio, que ha publicado docena y

media de tomos de novelas; que es acaso el autor más traducido de los españoles contemporáneos; que tiene uno de los pocos nombres castellanos que suenan á algo por ahí fuera; que jamás ha insultado á Cánovas ni escrito contra la Academia, y que, por último, reside en Madrid; de Armando Palacio no se han acordado los que llegaron á indicar á tal poetastro deplorable, á cuál traductor galiparlista, y al primer periodista que pasaba, y á varios ilustres escritores de los que no escriben libros por el fundado temor de que no se los lean. De Pereda no se diga. Nadie se ha acordado de él ahora para hacerle académico, porque... no tiene residencia en Madrid. Es muy hombre D. José para que vaya á cargar con sus penates y á poner casa en Madrid por el fútil atractivo de una plaza de académico. ¿Por qué no pueden ser académicos los literatos españoles que no residen en Madrid? Por cuestión de etiqueta, por pura fórmula. No es que positivamente se les exija la asistencia personal á las reuniones. El académico elegido puede marcharse de Madrid y no volver. El autor de las *Fábulas ascéticas*, el Sr. D. Cayetano Fernández, es, ó era (no sé si vive), chantre de la catedral de Sevilla, lo cual exige residencia en la diócesis; y por aquello de *duarum civitatum civis esse nemo potest*, el Sr. Fernández, que tenía que ser vecino de Sevilla, no podía serlo de Madrid...; y con todo,

era académico. Luego lo que se exige no es la realidad de la presencia en la corte para coadyuvar en los trabajos de la sociedad (lo cual podría hacerse también desde lejos, como lo hacen los académicos corresponsales); lo que se exige es una ceremonia, un pleito homenaje á la *centralización* literaria.

Es este uno de tantos motivos como contribuyen á que el *ser ó no ser* académico... *no sea la cuestión*.

En rigor, va siendo hasta ridículo hablar de ello...

Volviendo á las razones que hay, pues en eso estábamos, para que Armando Palacio no sea tan *gustado* en España como fuera de ella, recordaré lo que dice Hennequin combatiendo el exclusivismo de la teoría de Taine sobre la influencia del medio, del tiempo y de la raza. Hay, como afirma el malogrado crítico, personalidades artísticas refractarias á esa avasalladora influencia, y los tales parecen extranjeros en su patria.

Turguenev, por ejemplo, era menos ruso que otros ilustres literatos de su país y tiempo; Byron, menos inglés que muchos poetas célebres; Heine, más francés que alemán en muchos respectos; Amiel, más alemán que otra cosa; Paul Bourget, por su triste y dulce seriedad, es muy poco francés, y en la nueva generación literaria francesa

hay otros muchos ejemplos de este *extranjerismo*... nacional, si cabe hablar así. Muchas veces lo que no se tiene es el carácter de actualidad del país; se puede ser hasta más castizo pareciéndose poco á los nacionales contemporáneos. La literatura española, v. gr., ha perdido muchos rasgos de los más nobles y profundos que ostentó en otros días y que hoy son patrimonio de la vida espiritual de otros pueblos.

Por ejemplo, la íntima y seria y poética religiosidad realizada en el arte fué cosa muy castellana, y hoy en vez de eso... tenemos librepensadores de café y energúmenos de sacristía.

Nuestros folicularios se ríen de la piedad cristiana, y nuestros *neos* (como les llamamos) tienen su fe como un privilegio, y convierten la propaganda católica en polémica del orgullo.

Las novelas de Palacio tienen ciertos caracteres *extranjeros*, exigen en el lector un estado de ánimo, un género de capacidad reflexiva, un grado de sensibilidad y delicadeza del gusto que suelen faltar á la mayor parte de los españoles de nuestros días. Hoy las divinas *novelas ejemplares* de Cervantes parecen sosas ó malas. El mal gusto, la ignorancia, la falta de reflexión, son plagas nacionales en nuestro tiempo. Delicadezas y *matices* que sabría saborear un español bien educado de

antaño, y que hoy saborea el lector de otras tierras, pasan sin que los note el español de ahora, que ni lee lo extranjero, ni lee lo antiguo de su patria, y que confunde á los poetas y á los poetas-tros, á los sabios y á los charlatanes, á los novelistas y á los vendedores de opio, á poco que la *crítica* y la gacetilla estén interesadas en tales confusiones.

Una de las vacantes académicas de que tanto se habla, es la producida por la muerte del reputado crítico de *La Ilustración Española y Americana*, D. Manuel Cañete. En otro periódico he dedicado á la memoria del erudito escritor un artículo, que no quiero reproducir aquí con palabras diferentes. Mas no era posible pasar en silencio esta nueva desgracia de nuestras letras. Sí: desgracia, porque el Sr. Cañete representaba una cantidad positiva en el caudal de nuestra cultura; tenía en su abono el estudio serio, constante, la vocación literaria bien definida, aunque, á mi juicio, su fama y nuestro teatro hubieran ganado más con que el distinguido académico hubiera podido preferir el cultivo de las antigüedades y orígenes de nuestra dramática, materia en que trabajó con excelentes resultados, á la asidua colaboración periodística, que le obligaba á tratar de la crítica de actualida-

des, para la que le faltaban ciertas condiciones. De todas suertes, fué un hombre docto, un espíritu recto, un literato verdadero.

Una dama ilustre por sus talentos y sus obras pretende reanudar las tradiciones, no muy brillantes en España, de la particular institución social que suele llamarse *salones literarios*, por antonomasia. Ya se sabe que generalmente preside una mujer á esta clase de núcleos de cultura elegante, y que la idea capital del *salón literario* se refiere á la influencia que en la literatura llegue á tener el elemento femenino, como tal; la mujer ilustrada, inteligente, inclinada al estudio y al arte, pero como dama, no como *autor*, que puede ser á su vez, según es en el caso presente. Un notable crítico francés ha estudiado con análisis profundo esta influencia de los *salones* en la literatura de Francia; país en que tuvieron en los dos siglos anteriores al nuestro, sobre todo en el décimooctavo, mayor importancia que en nación alguna.

Difícil sería no suscribir á la mayor parte de los argumentos que Brunetière expone para hacernos ver las ventajas que las letras reportan de la vida del *salón literario*; y aun más fuerza se advierte en las razones que nos da al señalar los inconvenientes de que se escriba pensando en que se ha de merecer el aplauso de las señoras.

Una literatura que necesariamente ha de ser sometida á la aprobación de las damas principales de un sarao, que al fin de saraoos se trata, es probable que no peque contra aquella importante condición del arte á que consagró M. Martha todo un libro; pero en cambio propenderá al amaneramiento, á la falta de sinceridad, y lo que es peor de todo, á limitarse artificialmente por motivos convencionales, de etiqueta, de falso *buen gusto*, etcétera, etc. Por el *salón literario* se va á Marivaux, que vale mucho, pero que, si es bueno como *punto de parada*, es malo como camino; no se va á Dante, ni se va á Shakspeare, ni se va á Cervantes. Cierto es que del *salón literario* salió la Academia francesa, pero no es cosa segura que esto sea una recomendación.

Como es claro que entre nosotros no ha de prosperar mucho semejante costumbre, por la ley general de que no prospera aquí nada que suponga una actividad con un propósito constante, no hay para qué perder el tiempo examinando los caracteres que podría llegar á tomar nuestra literatura, si cundiera la moda, y arraigase, de hacer de las damas de un salón un público *previo* para los productos del ingenio.

Pero sí conviene indicar peligros de otro género, que aparecerían á poco, muy poco, que llegara á caer en gracia el nuevo ó renovado intento. En